

nes culturales” (32) que modelan esta inasible entelequia. Simultáneamente contextualiza el pensamiento de Gallegos en relación a otros intelectuales venezolanos en quienes cobra vigor el “fuerte carácter misional” de la escritura como “Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Andrés Bello [quienes] producen, desde una visualización de conjunto, el mejor núcleo de discurso independentista latinoamericano del siglo XIX” (40). La agradable textura de estos ensayos induce en un placentero desplazamiento de lectura hacia el corpus principal.

Una vez aquí la preposición *sobre* encausará un análisis exhaustivo y productivo de las cuatro novelas/ *topos* aludidos: *Reinaldo Solar*, centro urbano; *Doña Bárbara*, el llano; *Pobre negro*, la costa; y *Canaima*, la selva. La trashumancia de Gallegos – su profesión de educador lo trasladó constantemente – arroja en un período de diecisiete años al menos una novela representativa de cada subestructura del territorio y del imaginario venezolano. A la manera de Manuel Gálvez, inspector de escuelas, quien escribió prácticamente una historia sobre cada una de las provincias argentinas donde fue destinado. Compuestos por múltiples párrafos estos cuatro capítulos interactúan y se conectan desplegando agudas hipótesis que trascienden la individualidad de cada texto en pos de la tríada *nación- ideología- estética*.

Se destaca un acabado estilo de la autora sostenido “en deslizamientos desde lo textual a lo contextual” (18) y descuellan los fragmentos “Facundo y Doña Bárbara resuenan en el llano” y “Mujeres, mujeres, mujeres...”. En el primero Marinone revisita la ya clásica filiación con el texto sarmientino visualizando un nuevo tópico en común, “la escenificación” (93), y reactualiza la dicotomía *civilización/ barbarie* cuando “obliga a repensar la idea de borde o límite como lo esencialmente impreciso, fluctuante” (88). En el segundo lee, en base a las figuras femeninas de Gallegos, “un sistema de posibles que controla y también abre de modo particular sus ficciones” (121). Ambos escritos reclaman necesidad de continuidad por lo atinado de su concepción.

En el último apartado, Marinone plantea de modo oximorónico “un final introductorio”: abre el juego apostando a *Canaima* como “descentramiento o desencaje” en el devenir galleguiano. De esta manera la praxis escrituraria “quiebra al modelo edificante hegemónico [...] (el del progreso acumulativo, el de la literatura realista- regionalista) que entonces entra en crisis para ser superado” (165) logrando, al fin, universalizarse estéticamente. Como en una irrefutable comprobación matemática las ideas de la autora tornan plausible la inversión de los términos para verificar la certeza del resultado, leemos ya en las páginas *Preliminares*: “[...] *Canaima*, la novela que obliga revisar todo el proyecto narrativo de Gallegos pues supone la transgresión. Desde el estudio de la forma organizativa y el lenguaje reconozco en este texto el momento de afirmación de una estética alejada de simplismos” (20).

Además, el libro cuenta con un prólogo de Susana Zanetti quien con su lucidez acostumbrada focaliza temas insoslayables del análisis de Marinone tales como “los avatares del ideologema del mestizo” y la mediación simbólica del narrador galleguiano (11) o “la virilidad como motor de la nación” (13). Las veintidós páginas finales recogen prolijamente la bibliografía utilizada: de/ sobre Gallegos, general y específica, donde resalta un paréntesis “(y sobre Venezuela)”, comprendemos así el conocimiento pormenorizado de la autora sobre el contexto histórico- político venezolano imprescindible para esta lograda interpretación de Rómulo Gallegos y su “artefacto nación”.

Rómulo Gallegos. Imaginario de nación sintetiza, superando falsas distinciones, un completo estudio que se nutre de la historiografía, la sociología, los estudios culturales y, a su vez, abreva en la mejor tradición crítica latinoamericanista (M. Picón Salas, A. Rama, A. Uslar Pietri). Como si esto fuera poco, alcanza también una cualidad no por necesaria menos importante en la escritura crítica: legibilidad.

Maximiliano Linares

* Paula Bruno. *Paul Groussac. Un estratega intelectual*. Buenos Aires: FCE-Universidad de San Andrés, 2005, 262 p.

Género que por su atención sobre lo individual y particular de una vida, sobrevivió a los embates del siglo pasado contra las totalizaciones de la Historia, la biografía permite no sólo el acercamiento a una trayectoria individual, sino el abordaje de las relaciones de ésta con su medio social, con la intrincada red de sujetos y experiencias que dan forma a una época. *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, de Paula Bruno, responde a la posibilidad abierta por la figura del francés de revisar el espacio cultural del período modernizador de la Argentina

iniciado en 1880, el cual coincide con el de mayor exposición del biografiado. La biografía de Groussac podría colocarse junto a aquellas otras biografías de figuras relevantes de la historia argentina como las publicadas en la colección “Los nombres del poder” por el mismo Fondo de Cultura Económica. Sin embargo, esta colocación contigua sería sólo productiva a una mirada contrastiva para una mayor comprensión de las variadas trayectorias de los personajes y para una observación atenta a los bifurcados senderos del jardín civilizado en el que Buenos Aires intentaba convertirse en el pasaje del siglo XIX al XX. El nombre de Groussac, por cierto, no pertenecía a los del poder: el francés llegó a Buenos Aires en 1866, sin diplomas ni profesión, ni conocimiento del español y con una carta de recomendación inservible.

Colocada la lupa en los intersticios del período modernizador de la Argentina a través de la biografía de Groussac, la autora revisa, particularmente, la lectura historiográfica que ponía en una misma bolsa –la de “generación del ochenta” – a todos los hombres de letras que transitaron la Argentina finisecular. Según Bruno, el estado de la cuestión del gran relato “generación del ’80” muestra un desdibujamiento de los itinerarios de trayectorias individuales en el marco de análisis generales y de denominaciones como “intelectual-político”, “literato oficial” (Jitrik) o “gentleman-escritor” (Viñas), acompañadas por lo general del rótulo “positivismo” en un escenario que se transformaría hacia el Centenario en 1910 con la especialización de las disciplinas y la mayor profesionalización del saber. Pero, como sostiene la autora en la Introducción: “El hecho de asumir que hasta 1910 el ámbito de la cultura no contaba con ritmos propios, dado que se subordinaba a los tiempos de la política, produjo cierto descuido a la hora de analizar algunas características de la dinámica cultural de esta etapa que, aunque indiscutiblemente se hallaba ligada a la política, no estaba en absoluto mimetizada con ella” (p. 16).

La investigación de Bruno, originalmente una tesis de maestría para el Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés, cumple al pie de la letra con las convenciones académicas y se aboca a su objeto sustentada por una no despreciable cantidad de fuentes y material bibliográfico. Aunque por momentos la escritura resulta reiterativa (quizá el defecto deba atribuirse a la costumbre académica –perniciosa al lector voraz– de interrumpir el fluir de las ideas recapitulando al inicio y al final de los capítulos los puntos seguidos o a seguir), el enfoque es suficientemente amplio y brinda una lectura de la figura pública y la obra de Groussac que hacía falta. Groussac, gracias a este libro, será conocido más allá de su “arte de injuriar”, más allá también del “Poema de los dones” y de sus simetrías con Borges; el recorrido por su vida intelectual es “total” (aunque centrado en los aspectos públicos para no faltar a la objetividad) y sigue tanto las célebres como la no tan conocidas intervenciones del francés en el campo intelectual argentino, desde su llegada a la gran aldea hasta su muerte en 1929 en la Biblioteca Nacional, de la cual fue Director por nada menos que 44 años.

La tesis central, invocada ya desde el título, funciona como verdadero hilo conductor y es analizada desde las variadas aproximaciones al personaje presentadas en los capítulos del libro: Groussac, lejos de ocupar una posición de subordinación desde la cual se hiciera necesario poner en práctica sutiles tretas del débil, fue un verdadero estratega al aprovechar su condición de francés culto en el momento de la Argentina más europeizante y se posicionó como un articulador del espacio cultural. El perfil de estrategia intelectual, construido y fomentado –enfatisa Bruno– por el mismo Groussac, había sido ya observado por Beatriz Colombi en su libro *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)* donde destacaba la incidencia del francés en la constitución de disciplinas modernas –la crítica literaria, la historiografía– y en la cultura de la época, en la que la norma cultural francesa funcionó como garantía de su empresa civilizadora en el Río de la Plata. Colombi se concentraba en sólo algunos textos groussaquianos. El libro de Paula Bruno permite completar el itinerario intelectual del francés. Mientras el primer capítulo, “Noticias de Paul Groussac”, funciona como verdadera introducción biográfica al personaje y presenta un panorama general de su trayectoria, los siguientes tres capítulos se concentran en aspectos más específicos de ésta: su rol en el contexto del campo intelectual argentino; sus intervenciones en el debate sobre la lengua nacional y sus ideas sobre la literatura; su labor historiográfica y su concepción de la historia como disciplina.

Un ensayo sobre Espronceda publicado en 1871 en la *Revista Argentina* de Estrada y Goyena fue el bautismo intelectual de Groussac; “era la aplicación entre nosotros de los procedimientos de la crítica moderna” decía en ese entonces Nicolás Avellaneda (p. 27), quien fue el primero en la larga lista de poderosos con los que el francés se codeó. De allí en más se sucedieron los ofrecimientos y Groussac capitalizó todo contacto: fue profesor e inspector de escuelas, periodista y director de periódicos, crítico literario, musical y de espectáculos, escritor de ficción, crónicas de viaje y ensayos históricos, defensor del laicismo

y panegirista de políticos, vocero del latinismo contra el yanquismo calibanesco en el contexto del '98, además de esposo y padre de siete hijos. Su extranjería, en general arma conveniente a sus estrategias, fue también puesta en su contra: después de su nombramiento como Director de la Biblioteca Nacional, Sarmiento lo llamó "nuestro bibliotecario inmérito, aunque sea nuestro literato francés" (p. 44). Pero la Biblioteca coronó su fama: Groussac la convirtió en una de las más destacadas en Hispanoamérica, y ella le brindó el espacio para dos publicaciones: *La Biblioteca* (1896-1898) y *Anales de la Biblioteca* (1900-1915) que fueron, según Bruno (quien discute otras posturas críticas), proyectos personales, "parte de una serie de maniobras para consolidar su legitimidad" y no meramente funcionales a los mandatos estatales (p. 76).

Groussac mostró una actitud sistemática dirigida a obtener visibilidad, sobre todo una vez que entendió que "era más factible convertirse en un "intelectual francés" o en un "letrado europeo" en la Argentina que serlo en la misma Francia" (el relato de su visita a Victor Hugo es emblema de su desilusión: Groussac es presentado como "Monsieur Groussac", "establecido en el Brasil" (p. 41)). El capítulo II, "Un estratega intelectual", se concentra en las diversas operaciones destinadas a modificar la dinámica de la esfera cultural en la que Groussac estuvo inmerso, y que él consideraba caótica e improvisada. El aspecto más criticado era la superposición de la esfera de la cultura con la política. Aunque amigo de poderosos, consideraba la política como un espacio contaminado del que prefería no formar parte. Desde sus primeras intervenciones planteó la necesidad de alcanzar pautas que viabilizaran una labor intelectual especializada y sistematizada y se adjudicó la misión de guía, que legitimó, según Bruno, mediante tres estrategias: el intento de presentar el mundo cultural como deslindado del ámbito de la política; el manejo de medios de difusión de saberes y opiniones; la participación en polémicas y las prácticas autoconsagradoras. Groussac usó los medios de difusión de ideas como tribunas de intervención pública. Mediante *La Biblioteca*, por ejemplo, se posicionó sobre el resto y definió pautas de admisión o impugnación. Respetado y temido por muchos, dijo Borges que hubo en él "un placer desinteresado en el desdén". La autora sostiene, en cambio, que el placer era interesado y formó parte de una sistemática táctica de posicionamiento frente a los otros y de obtención de visibilidad pública. Las páginas más entretenidas del libro de Bruno son quizá las que reseñan la cantidad de debates y censuras de Groussac. Cané explicaba su desprecio al "ogro de Perú y Moreno" del modo siguiente: "Es el móvil, es la sorpresa a mansalva, procurando herirme e hiriéndome a la distancia y esto bajo la impunidad de la crítica" (p. 90). Groussac aplicó su mordacidad contra Manuel Láinez, Calixto Oyuela, Bartolomé Mitre, Eduardo Schiaffino, Ricardo Palma, Ingenieros, Lugones. La polémica con el abogado Norberto Piñero le costó el fin de *La Biblioteca*. En este caso, como en muchos otros, Groussac criticaba la labor irresponsable, la falta de preparación y especialización, frente a la cual él se mostraba como el más idóneo en el manejo de saberes, por su condición de francés y por su acceso privilegiado al tesoro simbólico de la gran Biblioteca.

Tanto el Capítulo III, "Una lengua, una literatura y una actitud para los escritores argentinos", como el IV, "Los hombres que hacen la Historia y aquellos que la escriben", ofrecen un valioso acercamiento a las concepciones de Groussac de la lengua, la literatura y la historiografía a través de una observación más detenida sobre sus prácticas intelectuales. Defensor del castellano como lengua oficial en el debate finisecular sobre el idioma de los argentinos, y, como muchos otros intelectuales finiseculares, del latinismo en el contexto de los acontecimientos de 1898, Groussac bregó también por la emancipación cultural de la literatura hispanoamericana y la ruptura con los antecedentes coloniales; el castellano debía *aggiornarse* y adoptar las *nuances* del francés, su "andar nervioso". A pesar de sostener que la adopción del "espíritu extranjero" y el modelo literario de Francia eran necesarios a la renovación del estilo, Groussac consideró que los exponentes del Modernismo practicaron la más exacerbada imitación sin escapar del servilismo a las corrientes europeas. Bruno no problematiza la recepción que hizo Groussac de la obra de Darío, donde vio falta de originalidad, ni se pregunta si Groussac, a pesar de su insistente rechazo del Modernismo, no luchó, desde una posición sin duda privilegiada –fue incluso el redactor del proyecto de la primera ley de propiedad intelectual argentina– por los mismos ideales de profesionalización, especialización y autonomía estética y contra las mismas condiciones, hostiles a la religión del Arte en el contexto positivista y cientificista del liberalismo finisecular. Groussac se autoadjudicó la misión de transmitir conocimientos y lecciones contra la escritura de ocasión y desde su ensayo de 1871 sobre Espronceda reclamó el cultivo de la personalidad en el *estilo*, que se transformará en la bandera del movimiento iniciado por Darío. Fue autodidacta y ecléctico, estuvo siempre al tanto de las novedades y, aunque también luchó por la especialización en

la labor historiográfica (fue el introductor del método histórico), nuevamente aquí fue un esteta. Criticó sistemáticamente la deshumanización promovida por el paradigma cientificista y positivista en auge para defender el estilo artístico en la historiografía, siguiendo el modelo idealista de *Los héroes* de Carlyle y del romanticismo francés. Bruno discute con acierto la recepción de la obra histórica de Groussac; ésta, evidentemente, se distancia de la historiografía liberal y nacionalista al modo mitrista. Sin embargo para la autora el estilo biográfico elegido por Groussac “respondió a una suerte de excusa argumentativa para abordar una época” al mismo tiempo que los “aventureros y letrados” que biografio se parecieron demasiado a sus personajes de ficción y a sí mismo y pudieron haberle servido para pensar su propio itinerario vital (p. 211). La colocación de Groussac por fuera del gran relato Generación del '80 es resuelta por Bruno en clave biográfica, pero sería explicable en el contexto del Modernismo, a cuyos exponentes incluso auspició desde *La Biblioteca* aunque sin identificarse con ellos.

Paul Groussac, cruel y arrogante, no fue un maestro predispuesto a formar discípulos en la práctica y al final de su trayectoria consideraba que sus prédicas habían sido poco efectivas, a pesar de que tanto Borges, como Alfonso Reyes y el mismo Darío reconocieron su magisterio. La ceguera de Groussac parece haber sido más que física. En las “Consideraciones finales” dice Bruno que lo más llamativo es “el hecho de que Groussac no haya sido parte de un grupo de ejecutores de un proyecto cultural, principalmente porque en ningún momento reconoció a sus interlocutores como pares” (p. 221). Entrado el siglo XX, y en el contexto de la profesionalización de las disciplinas, el francés quedó “desactualizado”: “Había bregado por el mismo especialismo intelectual que terminó por asfixiar a personajes que respondían a sus mismas características. Como él, otros actores que podían rotularse como “hombres de cultura” perdían preeminencia en la nueva realidad, no eran especialistas en ninguno de los terrenos por los que deambulaban.” (p. 226). Bruno ve la “fragmentaria recepción” de la obra de Groussac como un enigma que intenta explicar por su extranjería, por su rechazo de una escritura funcional a fines identitarios o nacionalistas, o por su actitud personal, soberbia, petulante y narcicista. Borges dijo que Groussac no podía no quedar. Bruno lo refuta: si se piensa en el canon nacional y oficial (escolar) y en la difusión de su obra, Groussac no quedó; “quizás deban buscarse reivindicaciones más enérgicas del personaje en los márgenes de los cursos principales de la cultura argentina”, dice la autora (p. 228). El acercamiento a Groussac facilitado por esta biografía abrirá seguramente nuevas interpretaciones de su marginalidad con respecto al canon nacional. Será recomendable entonces atender al magisterio del francés según escritores como Borges, Darío o Reyes; y recordar que Groussac fue maestro del *estilo* en una sociedad racionalizada y en vías de masificación.

Florencia Bonfiglio

* Bombini, Sergio. *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860-1960)*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2004.

Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860-1960), la tesis doctoral de Gustavo Bombini, docente e investigador del campo de la Didáctica de la Lengua y la Literatura en las Carreras de Letras de diversas Universidades Argentinas, puede considerarse y así lo señala su autor un trabajo fundacional en el área. Esta tesis ahora publicada se presenta a sus lectores en el marco de una escena académica en la que estaban ausentes trabajos que intentaran dar cuenta de la compleja red que une a la literatura con las prácticas de enseñanza desde una perspectiva histórica.

Bombini se ocupa de reconstruir y analizar con exhaustividad la trama social, histórica y cultural que ha dado forma a la literatura como disciplina escolar en la Argentina. En un arco temporal que va desde los momentos inaugurales de la escuela secundaria argentina, a fines del siglo XIX, hasta llegar a los años sesenta, se va recortando un campo disciplinar autónomo en el curriculum escolar en cuya constitución intervienen procesos históricos y sociales, operaciones ideológicas y programas culturales que ponen en evidencia en primer lugar el carácter conflictivo y no neutral de la configuración de una materia escolar y en un mismo eje sus fuertes vínculos con los debates del campo literario argentino.

Tanto la teoría crítica del curriculum como los marcos de referencia históricos que intentan dar cuenta de la formación de las disciplinas escolares han puesto de relieve que no es posible entender el curriculum como una entidad neutral o como un elemento “dado”, sino que